

Valor de la Misericordia 2026-27

y virtud Cristiana de la Caridad

Este año, el valor que centrará nuestra propuesta educativa y la virtud que se relacionan nos permiten entrar de lleno en el corazón de nuestro Carácter Propio y nos permite comprender el amor de Dios. Hablar de misericordia o compasión nos saca del terreno de las palabras y nos lleva al terreno de los gestos. El papá León XIV, en su trato con las gentes del Perú asegura que: “ningún gesto de afecto, ni siquiera el más pequeño, queda en el olvido si está dirigido a quien vive en el dolor, en la soledad o en la neesidad”.

San Francisco de Asís, ahora hace ocho siglos, provocó un renacimiento evangélico al experimentar en primera persona la antigua historia del Buen Samaritano (cf. *Lc 10,25-37*). En dicha parábola vemos que, frente a aquel hombre herido y abandonado en el camino, las actitudes de aquellos que pasan son distintas. Hay quien pasa por delante, quien juzga y se justifica cuando ve al hombre al borde del camino, herido. Sólo el buen samaritano se ocupa de cuidarlo. La parábola de Jesús nos interpela a cada uno en primera persona: ¿con quién te identificas?

En la vida de Francisco fue el encuentro casual con un leproso y un abrazo inesperado lo que le llevó a preguntarse qué tenía él de especial que no tuviera aquel enfermo. Aquel hombre herido y rechazado por todos se le metió en el corazón y le “descentró”: le sacó a él del centro y puso al otro. A partir de ese momento le dio por mirar al Cristo de San Damián donde Jesús está crucificado, interrogando con sus grandes ojos. En ese cruce de miradas entendió cómo y a quién mira Dios. Y por eso se dedicó a ser un buen samaritano, a habitar entre los pobres y a considerar a los demás como “sus hermanos”

Nosotros estamos acostumbrados a mirarnos a nosotros mismos y a mirar de perfil a los demás. Es un síntoma de una sociedad enferma que busca construirse de espaldas al dolor. Hoy vivimos en burbujas de cuidado: los papás y mamás nos evitan el sufrimiento, los adultos no conocen a los vecinos, los amigos se tienen por las “redes” y se diluyen las enfermedades y la muerte como si eso fuera un sueño o una serie de una plataforma. Vivimos a espaldas de la realidad porque es cruda y dura, y conocemos del mundo lo que otros nos enseñan y nos destacan. Cada día desayunamos noticias que han tapado a otras que parecen desaparecer. Noticias que son situaciones que ocurren a personas como nosotros: cerca y lejos.

Las últimas palabras de la parábola evangélica —«Ve, y procede tú de la misma manera» (*Lc 10,37*)— son un mandato que cumplir para evitar caer en la ceguera de pensar que nuestra felicidad sólo puede realizarse si logramos prescindir de los demás. Las palabras de Jesús nos llevan a ver en el otro, y en el otro necesitado de lo que podamos hacer para satisfacer su necesidad. la oportunidad para ser felices en cada gesto de afecto, incluso en el más pequeño.

Lo que nos invita a hacer la parábola del Buen Samaritano es posible porque Dios es amor misericordioso y su proyecto se extiende a cada historia. También en tu historia Jesús es el Buen Samaritano (y cada uno somos el herido en el borde del camino), porque viene en cada momento para compartir todo lo nuestro. Él sale de su casa para encontrarse contigo, preguntarte, acogerte y acompañarte.

Dios es amor misericordioso, de manera especial, con quienes viven situaciones de pobreza, rechazo, silencio, olvido, acoso, desespero, enfermedad y pecado. El Papa León XIV, ante esta verdad ha dicho: *“Muchas veces me pregunto por qué muchos continúan pensando que pueden excluir a los pobres de sus atenciones... no se puede amar a Dios sin extender el propio amor a los pobres” (Dilexit te 23.26).*

Y todo eso a nosotros, ¿cómo nos afecta?

El *valor de la misericordia* de este próximo curso nos invita a salir de nosotros, a salir de casa y del propio yo. A pasear por la calle y a reconocer a los otros como dignos. Y regresar con nombres y vidas dentro de nuestro corazón. Eso ya es una Obra de Misericordia¹ de las que aparecen en la parábola del juicio final (cf. Mt 25,31-46) porque «¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras?» (Santiago 2, 14).

La **compasión** que manifestamos al cuidar y acompañar a los que sufren nos da la ocasión de hacer concreta la virtud de la Caridad. Respecto del otro, la virtud de la caridad permite amar al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Es algo que no podemos con nuestras fuerzas: Dios mismo viene en nuestra ayuda para que sea posible. La Iglesia lo ha entendido siempre como parte importante de su misión: nadie ama a Dios a quien no ve si no ama a su prójimo a quien ve. (1Jn 4,20). Cualquier Obra de Misericordia que ejercemos en cada parroquia, a través de Cáritas, en las acciones solidarias del colegio, o en cada familia, va en esta misma dirección.

Analicemos ahora algunas obras de misericordia, que nos ayuden a examinar nuestra propia vivencia personal

- La tradición cristiana de visitar **a los enfermos**, de lavar sus heridas, de consolar a los afligidos no se reduce a una mera obra de filantropía, sino que es una acción a través de la cual tocamos “la carne sufriente de Cristo”. Ese legado lo recibimos de Santa Isabel, princesa de Hungría, quien a sus veinte años organizó el primer hospital de la historia. Hoy tratamos de vivir lo mismo en los centros de acogida para personas vulnerables y para toxicómanos que tiene la TOR en la Provincia². La presencia junto a los enfermos nos revela que la salvación no es una idea abstracta, sino una acción concreta. En el gesto de limpiar una herida, la Iglesia proclama que el Reino de Dios comienza entre los más vulnerables. Y, al hacerlo, permanece fiel a Aquel que dijo: «Estaba [...] enfermo, y me visitasteis» (Mt 25,35.36). Y es lo que se hace presente y concreto cuando la Iglesia implica a todos en una campaña contra el hambre, cuando las religiosas abrazan a un niño desnutrido, cuando un sacerdote acoge a un moribundo anónimo, allí cada uno de los que formamos la Iglesia realiza su vocación más profunda: amar al Señor allí donde Él está más desfigurado.
- En este curso, podemos recuperar la costumbre de la **hospitalidad**: abrir las puertas de nuestro corazón lleva a la apertura de nuestra casa. En la tradición monástica se acogía al peregrino sin preguntar y sin exigir nada a cambio pues consideraban que abrían la puerta al mismo Cristo. Hoy llegan migrantes y refugiados a las puertas de nuestro mundo. Muchos forman parte de nuestra familia educativa y los tenemos en el corazón antes de que estén regularizados. El presente nos ofrece la posibilidad de hacer del colegio casa de todos. Una casa que acoge porque es casa de cristianos, que ofrece el propio testimonio de respeto y que posibilita una cultura del encuentro.

¹ Se trata de entender en ello que la Obra de Misericordia sería dar pasada al extranjero, entendiendo en ello darme un lugar en nuestro corazón, hacer de nuestro corazón una casa para el prójimo.

² La Provincia religiosa es la demarcación donde se encuentra una Orden. La Provincia Española de la TOR comprende España, Perú y una fraternidad en USA.

El Papa Francisco proponía cuatro verbos para construir un mundo fraterno: acoger, proteger, promover e integrar (*Dilexit nos*). Y añadía: “Cada ser humano es hijo de Dios. En él está impresa la imagen de Cristo. Se trata de que nosotros... podamos ayudar a los otros a ver en el emigrante y en el refugiado no sólo un problema que debe ser afrontado, sino un hermano y una hermana que deben ser acogidos, respetados y amados. La Iglesia, como madre donde el mundo ve una amenaza, ella ve hijos; donde se levantan muros, ella construye puentes”. ¿No crees que entre esos puentes pueden estar nuestras comunidades educativas multiétnicas y multiculturales?

- Uno de los servicios que podemos realizar en nuestra sociedad es la de **librar a otros de su carga** y del peso de su vida. Desde siempre, aquellos que han vivido el Evangelio han visto en la liberación de los oprimidos un signo del Reino de Dios. Y ¿quién no necesita un poco de libertad e intimidad en la era de las redes sociales? Hemos de liberarnos de esas ataduras que nos llevan a “viralizar” las ideas de otros y, si para ello hemos de aprender a conectarnos de nuevo, hagámoslo. Invirtiendo en relaciones fraternas cercanas, en un volver a jugar, a compartir lecturas, a reunirnos en las casas y a prescindir de contarle todo a quien no forma parte de nuestro mundo. Haciendo de la vida ordinaria una vida sencilla, sin ataduras, sin quejas ni condiciones, abierta y liberadora.

Este año celebramos el VIIIº centenario de la muerte de San Francisco de Asís. Él vivió ese momento final con una serenidad y una elegancia que anhelamos todos; de tal manera que esperó a **la hermana muerte** cantando y rodeado de los frailes. ¿Por qué apartamos la muerte de nuestras conversaciones, de nuestra reflexión y hasta de la oración? Es lo más seguro que tenemos y exige una pedagogía que hemos de retomar y ofrecer. Es una oportunidad de integrar un momento de la vida con esperanza y con sentido y hacerlo desde los primeros momentos de esta. Todo ello nos exige hablar de cielo, de vida eterna, de ángeles, de un Dios de Amor y no tener miedo. De ello nos dan lecciones nuestros abuelos y mayores.

Recordemos que hay dos Obras de misericordia en este ámbito: orar por los difuntos y dar sepultura a los que mueren. Porque somos familia y somos amados en lo que somos desde el primer instante de la vida y porque lo perdemos al instante posterior de llegar la muerte. Hemos de saber acompañarnos en el duelo, estar presentes en esos momentos y aprender palabras nuevas que consuelen. La conciencia de la muerte no es, para nosotros, otra que la conciencia del cielo, de la justicia verdadera, de la victoria definitiva del bien sobre el mal, de la vida... para siempre.

Terminamos con las palabras del Papa León: “El amor cristiano supera cualquier barrera, acerca a los lejanos, reúne a los extraños, familiariza a los enemigos, atraviesa abismos humanamente insuperables, penetra en los rincones más ocultos de la sociedad” (*Dilexit te 120*).

Bibliografía.

ENCÍCLICA, DILEXIT NOS. DEL PAPA FRANCISCO SOBRE EL AMOR HUMANO Y DIVINO DE CORAZÓN DE JESUCRISTO. 24 DE OCTUBRE DE 2024.

EXHORTACIÓN APOSTÓLICA, DILEXI TE. DEL PAPA LEÓN XIV SOBRE EL AMOR HACIA LOS POBRES. 2025